



NERUDA EN BIRMANIA

Las puertas de Oriente

CRISTIAN GARRAS

Hay dos lecturas poéticas que realiza Occidente sobre la India y la península indochina. La primera, y más antigua, ve en el subcontinente un reservorio de mitos, servidumbre y superstición, no obstante la exuberancia de los decorados locales: actitud que ha sido denunciada por críticos del estilo de Edward Said, quien ha trazado la genealogía en la cual convergen literaturas europeas y propaganda imperialista. Tipos de tal altura ideológica son las creaciones de Kipling o Conrad, donde, explícita o implícitamente, se expone el complejo de superioridad de Occidente respecto del hemisferio vecino. Pero el prejuicio de la "carga del hombre blanco" no tardará en hallar su reverso: un discurso que presenta a la India como una patria metafísica; una sociedad jerárquica y funcional, regida por el ritual y no por el comercio. Se trata, claro está, de un vector muy asociado por el ala conservadora de la *civilization* decimonónica, especialmente en Alemania, nostalgia aún a la sensibilidad poscolonialista, sea en su variante popular y dilectante —la teosofía de Mme. Blavatsky—, sea en la culta —la psicología de Jung—. En suma, el modelo que ofrece India a ojos de la modernidad es una sociedad que ha privilegiado el rastrear político a través de la consociación religiosa, hallando en el expediente de la reconstrucción un paliativo simbólico para su inmovilismo político.

La mirada de Latinoamérica sobre Asia no deja de ser por ello menos interesante. Es el espejo que devuelve una referencia colonial sobre otra. De ahí la referencia de Neruda, y en no menor medida la de Octavio Paz. Enérgico, en efecto, celebra el canto de China de un mundo que parece flotar en la inexistencia, mientras Neruda realiza un retrato amargo y naturalista sobre el Oriente de entreguerras. Desde ya, el acierto de contrastar a ambos autores —invocándolos en un epigrama— pertenece al crítico y biógrafo Hernán Leyola, cuyo último trabajo se detiene pomposamente en torno al episodio birmano del poeta. La anécdota, protagonizada por la memorable amante del

chileno, José Bly, es rescatada por Neruda en diferentes registros a lo largo de su vida, y ha sido un tema acorralado por varios autores de ficción, entre los cuales yo mismo me cuento. Conspira contra el curioso, sin embargo, la precariedad de los documentos, con que gran parte de la tarea de reconstrucción deviene un ejercicio especulativo, más o menos fundado por fuentes secundarias. Testimoniada de Leyola, solo ha alcanzado un verdadero virtuosismo. Sirven a su causa los textos ambispanos de George Orwell, a la sazón también en India, cuya novela *Burmese days* (1934) presta un moderno contrapunto a la obra de revisión del editor consular de Neruda. Paradigáticamente, ambos escritores suelen coincidir en sus apreciaciones sobre las miserias del colonialismo, desmitificando las bondades del Dharma y penetrando en las intenciones de un paisaje degradado y espurio. Leyola subraya la protesta de Neruda, dirigida al medio del cual era entonces huésped, en atención a su filiación anarquista y luego izquierdista. Pero esto no siempre resulta persuasivo. En realidad, Neruda también podía hacer demostraciones de apolitismo y nihilismo, como resulta evidente en la posterior correspondencia con Eusebio, donde declara abandonar de las "puertas que cantan odas a Moscú".

Se hay, en cambio, un patente pragmatismo, una necesidad de regresar a las materias del mundo a los elementos, incluso a lo genital y metabiológico. Aquí entra de nuevo, precisamente, el rol de su amante nativa. Ella precipita al poeta en una suerte de diálisis de la raza, es decir, acordando coñito en masa durante la época de su escape a Ceilán, donde será recordado por la Cancillería chilena. Importa notar, tal cual lo sugiere Leyola en su biografía, el halo anarquista que ofrece el coñito de José, ambiguo de una masculinidad escupelada, que en manos de la aborigen se convierte en un arma filial: el gesto de emborrachado es, por lo mismo, un esbozo

que pretende devolver al poeta sus fuerzas vitales: hacer del coñito un placebo vacío de significado. La clave que nos propone el biógrafo a partir del poema "Tango del viudo" —considerando el riesgo de incurrir en el *beach* psicoanalítico— tiene visos de plausible, sin perjuicio de permanecer en el plano de la hipótesis literaria. En cuanto al carácter de la Birmana, Leyola hace bien en buscar paralelos con el personaje femenino de Ma Hla May, la torpe heroína del relato de Orwell. El dibujo de ambos personajes pensando por su sobrecarga onírica, aunque remita, casi totalmente, al estereotipo de la amante salvaje, tradición inaugurada en Occidente por la Sultana del Cantar de los Cantares: "Nigra sum sed formosa...". Con todo, José Bly es también la cifra de un continente. Resume las disparejías de Asia, e igualmente su afluencia. A él, América de Paz —y aún de otros escritores chilenos dividiendo similar posición, diplomática, como F. I. Salazar y Serrano—, Asia representa para Neruda un retorno a la concretez y un rechazo de la otiosidad turística y sus concomitancias fetichistas.

En esto Leyola es, siempre notando, Residencia en la tierra no es más el tercer —más bien típico— de los orientalistas conservadores. No hay parafenómenos, el bromante que juegan a la casualidad, conformo captaban los simbolistas herméticos, sino sólo una exhibición de orgullo. No hay debate, sino desobediencia y rebeldía. Ni siquiera hay, propiamente, individualismo, sino una masa voluble y ciega. Contra lo supuesto, la influencia de del exiliarismo ha operado en un sentido inverso: Chile ha separado a Neruda al borde

de la frontera, a la ruta de los abuelos y en su exilismo. Pero esta la burlesca lucidez ha estado lo mismo que un poeta ha sido tal vez un nacionalista negativo. De ahí el hero que pertenece a los poemas del primer ciclo de las Residencias. Así pues, Neruda entra en un "tercer momento" en la actitud de Occidente para con la otra parte del globo, típicamente moderna, secular y cosmopolita. Pero ya no hay fe en la "carga del hombre blanco", sino un tímido escepticismo, a veces trizado de tonos omnívotos. Habrá que esperar la Guerra Civil leguleña para que se intuyan políticas mutuas: la suficiente, limitando, el espectro de José colgaba nuevas exhortos y nuevas algarabías, pero el cabo viene reducido a una vehemente brida de memoria, repentinamente recobrada.

Asia representa para Neruda un retorno a lo concreto y un rechazo de la ortodoxia turística y sus concomitancias fetichistas.

Las puertas de oriente [artículo] Cristián Barros.

Libros y documentos

AUTORÍA

Barros, Cristián

FECHA DE PUBLICACIÓN

2006

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las puertas de oriente [artículo] Cristián Barros.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile